

A Jerónimo Martínez Castillo,
último conquistador del Paraguay.

ENTRE todas las capitales de América del Sur, es la más antigua. La fundadora, con su catedral de casi cuatrocientos años. Asunción del Paraguay, se la llama La Asunción. En el espacio—ya, y con hermosa palabra, alguien lo ha dicho—es una encrucijada: cruz, Asunción, donde el Pilcomayo y el Paraguay se encuentran. Descendieron, los expedicionarios, el río Paraguay hasta un paso más arriba de la confluencia con el brazo septentrional del Pilcomayo, y habiendo encontrado, a los 25° y minutos de latitud, una punta que avanzaba hacia el sur y abría magnífica ensenada, agradóles aquel sitio y levantaron en él una fortaleza que, con el tiempo, fué la ciudad de Asunción, equidistante del Perú y del Brasil, a trescientas leguas del cabo de Santa María por la corriente del río.

Eso en el espacio y el año de 1536. En el tiempo es, entre todas las ciudades sudamericanas, la más siglo XVI: la capital del misionero siglo XVI. Pequeñita, al cobijo de una de las colinas, muchas, que hoy la recortan, asentábase frente a la anchura de las aguas. lejos del mar, como temerosa de internarse en el océano, con pavor de Atlántico. Asunción del XVI, la de españolas casas coloniales, bajo cuyos porches han discurrido fundadores y abadesas, capitanes, clérigos, caciques de la primera hora. Con iglesias como su catedral, la más vieja de las catedrales en el nuevo hemisferio, doblada la línea del Ecuador. Asunción, la pequeña, capital de misiones, sueño del occidente mundo. La que Juan de Ayolas ve nacer; la que contempla a Irala, agonizante, entre convulsiones, de los ataques de un paludismo mortal, y era mismo el siglo en que Cervantes caería, enfebrecido también, roto, con el escalofrío de unas tenaces cuartanas, en aguas de Lepanto.

Es, luego, la decaída Asunción del XVIII, pobre y triste, viuda de los jesuitas; vacíos sus edificios esplendorosos: el Oratorio, la Casa de Gobierno, la Casa de Justicia, el Cabildo, el Palacio Nacional.

Asunción, después, que Rodríguez de Francia arrasa y reconstruye, capitana de las gestas heroicas de su guerra de los cinco años; de corazón forjado para alimentar las hazañas de Corrientes, de Cerro Corá, de Bahía Negra, donde las estrellas copian, en el recato de la madrugada, todo el sebastianismo alucinado, la trágica gloria fulgurante de Solano López, el Mariscal La Asunción desolada del 69, naufraga y como capita! de un Paraíso Perdido.

La de hoy, Asunción de ancha plaza, con su monumento, uno entre sus monumentos, sobre los túmulos de Francisco Solano López, de los Estigarribia, consortes amadores y desventurados.

Pero, señor... "eu nunca vi e tenho pena", como de Lisboa el amargo canto de Tomás Ribeiro. También la Asunción ha sido bien cantada:

Asunción, la muy noble y muy ilustre,
la ciudad comunera de las Indias,

en versos del poeta nacional Eloy Fariña:

Madre de la segunda Buenos Aires
y cuna de la libertad...

La Asunción, pobladora. De ella saldrían los fundadores de Ciudad Real, de Jerez, de Santa Cruz de la Sierra, Corrientes, Concepción, San Juan, Santafé de la Veracruz, Buenos Aires...

Entre la diversidad de ciudades, uno se queda con la vista desde el ensueño, ahora. ¿La Asunción de los jesuitas? ¿La del siglo XVIII, desierta y silenciosa, de soledades de luto? ¿La de los comuneros, en el Romanticismo? ¿La de Rodríguez de Francia? ¿La del edén inventado del Mariscal López? ¿La reciente Asunción de hace treinta años, si es que treinta años, en nuestro siglo, son ya fecha reciente? A ésta la tengo a mano, en una guía de tapas verdes, aquí, sobre la mesa. Pero no. No es eso.

Podría también hojear un álbum de iluminadas estampas. Son numerosas las vistas que de la ciudad trae: vista desde las colinas, desde la ensenada, desde el aire. Postales tomadas desde dentro, desde uno y otro rincón, boca arriba, de frente, abajo: la ciudad, sorprendida al amanecer, en el plenilunio; imaginada a través del relato de los viajeros. Acaareada por el recuerdo de quien la visitó... Centenares de perfíles que se suceden, se interpolan, que componen y destruyen la imagen de la ciudad. ¿Nos decidirá lo completo? ¿Nos quedaremos con lo parcial y más perfecto? Permítaseme... Ya el haber nacido en tierra extremeña, sintiéndome feliz de mi sangre y mi tierra, es un hecho que determina en mí y acentúa la vocación de hispanidad. Más, cuando a la esencia nativa han venido a agregarse eslabones decisivos: el que a partir del 98 mi padre hubiera tornado de América para perpetuarse a través de los años en mí, y el que hallase yo una mujer sudamericana—paraguaya, nacida en Asunción, calle del 25 de diciembre, 420—para hacerla madre de mis hijos. En las venas de estos hijos míos palpitan por mitad las raíces conquistadoras cacereñas y los ardientes fermentos del guaraní. Intima razón de amor que, metiéndose en lo hondo de mis cárcavas, me trae aquí, con nuestra América de las entrañas, y para siempre, entre mis labios.

Preferible, sí, entre la variedad de instantáneas de La Asunción, trasuntar la sola imagen del ensueño.

Soñada Asunción, deseada y mía, què, ahora, si cierro los ojos, veo así:

Una silueta lejana, recortada sobre fondo de colinas. Lo rojo de los tejados, lo blanco de las fachadas nítidas, el azul de este río de mar, por donde, viajero imaginario, me aproximo. Encarnado, blanco, azul, tres colores esenciales, las tres bandas de la enseña nacional. Enmarcada en anchas márgenes verdes: las suaves montañas cercanas, las quintas, los jardines que ciñen al caserío; y la selva: la próxima, presentida selva de verde olor, húmedo y embriagante. ¡Qué prodigio de creación! Lo pasajero en lo eterno, la duplicidad encantadora de la sierra y el agua, de la piedra y el hombre. Flor, la ciudad, suprema flor de la naturaleza circundante.

Y sobre esta maravilla, la otra: la de un mundo astral, remontado el Ecuador, más allá de la Imago Mundi, bajo constelaciones de estrellas inmensas en el azul oscuro de sus noches.

Porque se llega de noche, al anochecer, en verano. Los pájaros trasnochan. Hace nada, Román Escotado los ha visto y ha hecho de esa noticia una de sus deliciosas "Cartas del Paraguay". Los pájaros trasnochan: juegan en torno de la torre de la catedral, saltan en los tejados y balcones, cruzan las esquinas, cantan en las ramas floridas del parque, vuelan por la orilla del río, arriba y abajo; del río que viene de Bolivia y Brasil, que va al Uruguay y a la Argentina; del río en cuya inmensa cuerda de lira canta Asunción, mi Asunción, la más bella, la soñada.

De arriba abajo: La Catedral de Asunción, la más antigua de Sudamérica. El Palacio Nacional de Gobierno del Paraguay. El Panteón Nacional de los héroes y Oratorio de la Virgen de la Asunción y cuatro aspectos de populosas calles y célebres edificios de la capital.

MUNDO HISPANICO

LA REVISTA DE 23 PAISES

PEDRO DE LORENZO

ASUNCIÓN

LA ACTUAL CAPITAL DEL PARAGUAY

FUE FUNDADA EL 15 DE AGOSTO DE 1537 POR EL CAPITAN ESPAÑOL, JUAN DE AYOLAS

